

hombres. Seducido por los brillantes progresos que en España había alcanzado otro proscrito como él, vino también á la Península con la esperanza de atraerse un partido. Pero arrastrados sus soldados por la fama y el prestigio que gozaba Sertorio, pidieron á una voz reunirse á él. Perpenna tomó el único partido que le quedaba; ceder, y someterse mal de su grado á ser el segundo de Sertorio.

La muerte de Sila (79) libertó á Roma de su dura tiranía, y parecía deber esperarse que hubiera dejado también respirar á España. Pero entonces fué cuando el senado, identificado con la causa de aquel dictador, opuso á Sertorio un adversario formidable, el jóven Pompeyo, «triunfador, dice Plutarco, antes de tener pelo de barba,» y á quien Sila, que conocía bien su mérito, había decorado con el título de *Grande*.

De este modo se encontraban á un tiempo en España cuatro célebres generales romanos, dos de un bando, y dos de otro. Metelo y Perpenna eran capitanes experimentados, pero viejos: Sertorio y Pompeyo jóvenes fogosos y ardientes. Metelo y Pompeyo que defendían una misma causa, reunían sesenta mil hombres; Sertorio y Perpenna sobre setenta mil, comprendiendo ocho mil ginetes españoles, organizados á la romana por Sertorio, y en brillante estado.

Era Pompeyo arrogante y presuntuoso; había ofrecido que en pocos meses daría buena cuenta de los restos de la facción de Mario, que así se llamaba por

desprecio al ejército de Sertorio. Tenían éste y Perpenna cercada á Laurona (*Liria*, en la provincia de Valencia). Acudió Pompeyo y envió á decir con jactancia á los lauronenses, «que no tardarían en ver sitiados á sus sitiadores.» Súpolo Sertorio, y respondió: «Yo enseñaré á ese aprendiz de Sila que un buen general mira más detrás de sí que hacia adelante.» Y en efecto, cuando Pompeyo pensaba cercar al enemigo, encontróse él cercado por todas partes. La pérdida de diez mil hombres fué la primera lección que recibió la vanidad de Pompeyo, y la ciudad fué tomada é incendiada á su vista (76). Aun pudieron calentarle sus llamas. Metelo y Pompeyo se retiraron á las faldas de los Pirineos; Sertorio y Perpenna volvieron á la Lusitania (77).

Al año siguiente un cuerpo del ejército sertoriano mandado por Hirtuleyo, fué derrotado por Metelo en Itálica, muriendo el mismo Hirtuleyo con diez y ocho mil de los suyos, que fué horrorosa mortandad si los historiadores no la exageran. Entretanto Sertorio tomaba á Contrebia, una de las más fuertes plazas romanas, en cuyo sitio se habla de haberse empleado el combustible aplicado á las minas para volar las murallas, cuyos efectos asustaron á los sitiados y los movieron á rendirse (1).

Muchos fueron los encuentros, combates y batallas que se dieron entre los cuatro ejércitos, ya reu-

(1) Fragmento de Tito Livio, y citado por Romey, publicado por Giovenazzi y Brunks,

nidos, ya separados, ora regidos por los principales generales, ora por sus lugartenientes, de que fuera enojoso é inútil contar todos los lances y pormenores. En una ocasion (75), en los momentos de ir á empeñarse una accion entre Sertorio y Pompeyo llególe á aquel un mensagero con la nueva de haber sufrido dos derrotas su aliado Perpenna. Conocia el mal efecto que en ocasion tan crítica habria de hacer aquella noticia en sus tropas, y para que nadie pudiera saberla mas que él atravesó con su propia espada al desgraciado mensagero de aquella nueva fatal. Y como en medio de la lucha viera desordenarse y cejar su ala izquierda; «¿dónde están mis españoles? gritó; »¿dónde están esos españoles que han jurado defendermé hasta la muerte? Id, id á vuestras casas, que para buscar la muerte basto yo solo.» Y picando los hijares á su caballo se precipitó temerariamente sobre las primeras filas enemigas. Realentaron aquellas palabras el valor de los fugitivos, y volviendo denodadamente á la pelea, se declaró el triunfo por los españoles, á tal punto que hubieran aniquilado el ejército enemigo, sin la casualidad feliz para Pompeyo de haberse aparecido Metelo y llevádole oportuno socorro. Entonces fué cuando Sertorio pronunció aquellas célebres, incisivas y arrogantes palabras: «sin la venida de esa *vieja* (por Metelo), ya hubiera yo enviado á Roma á ese *muchachuelo* (por Pompeyo) muy bien azotado.»

Durante esta batalla estraviósele su querida cierva, de lo cual dedujo (entiéndese que para sus soldados) que se la habia arrebatado Diana, enojada por el poco ardor con que algunos se habian conducido en la refriega. Habiendo parecido despues y saludádole con sus acostumbradas caricias, dijo que venia á comunicarle de parte de la diosa que se reconciliaba con los españoles y los favoreceria siempre, con tal que ellos no volvieran á flaquear en los combates, como lo habian hecho por un momento el dia anterior. Así sacaba partido el sagaz romano de la supersticiosa credulidad de los españoles.

En otro encuentro cerca de Segontia (Sigüenza), en que hubo choques sangrientos, y alternativas varias (que ya los reveses mismos habian enseñado á Pompeyo á vencer), hirió Sertorio con su propia lanza al viejo Metelo, á quien por fortuna suya pudieron salvar sus soldados cubriéndole con los escudos. Dió luego orden Sertorio á los suyos para que se diseminaran en pequeñas partidas y fueran á reunirse en Calahorra. Era un ardid de guerra. Súpose que irian á sitiarse allí los dos generales enemigos, y conveníale entretenerlos mientras por otro lado reclutaban sus oficiales nuevas fuerzas. Así se verificó todo. Cuando le pareció oportuno, hizo una salida repentina de la ciudad, y dejó burlados á los sitiadores. Hizose el anciano Metelo la ilusion de que aquello era una retirada, atribuyólo á miedo de caer en sus manos, y

loco de alegría se decretó á sí mismo los honores del triunfo.

Preciso era que al buen anciano se le hubiera debilitado algo la razon con la edad, porque habiendo pasado á invernar á Córdoba, hacia que los pueblos de la Bética le dieran título y trato de emperador; presentábase en público coronada la cabeza y ataviado con las vestiduras triunfales; coros de jóvenes y doncellas cantaban sus victorias mientras comia, y entonaban himnos de alabanza compuestos por los mas hábiles poetas. Representábanse en su presencia dramas alegóricos que tenian por objeto celebrar sus hazañas. El humo de sus imaginarios triunfos llegó á desvanecerle hasta el punto que un dia se hizo erigir un trono recamado de oro y plata en un magnífico salon cubierto de tapicería: sentóse en él el infatuado general, y mientras se quemaba incienso en honor del héroe, una *Victoria* bajaba del cielo y se dignaba asentar una corona sobre su cabeza con propia mano. No sabemos qué admirar mas, si la fatuidad del que asi se hacia divinizar, ó la baja adulacion de los que cooperaban á la ridícula apoteosis. No quiso tampoco privarse de la gloria de poner su nombre á algunas ciudades, y entre ellas debió contarse la llamada Cecilia Metellina, acaso la moderna Medellin.

Mientras de este modo se hacia Metelo, con mengua y daño de su razon, tributar honores casi divinos, Sertorio reforzaba su ejército, le disciplinaba y

ejercitaba, y poníale en estado de reparar sus pasadas quiebras. Adoptando entonces un sistema de guerra semejante al de Viriato, á que ya antes habia mostrado aficion, por todas partes aparecian escuadrones y partidas sertorianas, que cayendo rápidamente sobre el enemigo le cortaban los víveres, le atajaban los desfiladeros, le interceptaban los caminos, y le hostigaban sin tregua ni descanso. Pompeyo y Metelo concertáronse para poner sitio á Palencia (75), ciudad que habia dado siempre mucho que hacer á los romanos. Disponíanse ya á asaltarla cuando apareció Sertorio. Huyeron los enemigos, á quienes persiguió hasta los muros de Calahorra, donde les mató hasta tres mil. No les dejaba respirar, ni les daba tiempo para avituallarse; redujóles asi á un estado de penuria insoportable á tropas regulares: aproximábase otro invierno, estacion en que comunmente nada se atrevian á emprender en España los romanos, y todas estas causas reunidas movieron á Metelo á retirarse á su predilecto pais de la Bética; Pompeyo traspuso esta vez los Pirineos y no paró hasta la Galia Narbonense.

Desde alli escribió al senado aquella célebre carta en que le decia: «He consumido mi patrimonio y mi crédito: no me queda mas recurso que vos; si no me socorreis, os lo prevengo, mal que me pese tendré que volver á Italia, y tras de mí irá todo el ejército, y detrás de nosotros la guerra espa-

»ñaola (1).» Este era aquel Pompeyo que habia venido á España con ínfulas de acabar con Sertorio en contados meses. Hubiera podido entonces Sertorio cruzar la Galia y los Alpes como otro Anibal, y mas contando con las simpatías de muchos pueblos de Italia. Pero Sertorio no queria dejar de ser romano. Amaba á su patria, donde tenia una madre á quien idolatraba, y de cuyo estraordinario amor filial no hay historiador que no haya hecho especial mérito. Su deseo era regresar á Italia pacíficamente, y que el senado revocára el decreto que le tenia proscrito. Con esta condicion proponia la paz, pero tuvo el dolor de ver rechazadas sus proposiciones.

Entretanto España se iba amoldando al gobierno y á las costumbres de aquella misma Roma que combatia: los españoles se llamaban ciudadanos romanos; Evora y Huesca eran ya ciudades ilustradas, que habian adoptado letras, artes, idioma y legislación romanas: el mismo Sertorio se vanagloriaba de haber hecho una Roma española, de haber trasladado Roma á España (2).

La fama de las proezas de Sertorio habia llegado al Asia, y Mitridates, rey del Ponto, que buscaba en todas partes enemigos á Roma, al tiempo de renovar

(1) Sallust. Hist. lib. III.

(2) Pensamiento que espresó tragedias con aquel célebre verso que puso en boca de Sertorio: el gran Corneille en una de sus

Romme n'est plus dans Rome, elle est toute où je suis.
Roma no está ya en Roma, está donde estoy yo.

por tercera vez la guerra contra los romanos, despachó embajadores á Sertorio solicitando su alianza. Estos, despues de compararle á Pirro y Anibal, le ofrecieron á nombre de su rey una suma de tres mil talentos y cuarenta galeras equipadas para combatir á los romanos en España, con tal que él le enviara un refuerzo de tropas al mando de uno de sus mejores oficiales. Pero Sertorio, fiel á la causa de su patria, contestó con dignidad, y aun con algo de altivez: «No acrecentaré yo nunca mi poder con detrimento de la república: decidle que guarde él la Bitinia y la Capadocia que los romanos no le disputan, pero en cuanto al Asia Menor no consentiré que tome una pulgada de tierra mas de lo que se ha convenido en los tratados.» Cuando esta contestacion le fué comunicada á Mitridates, exclamó: «*Si tales condiciones nos impone hallándose proscrito, ¿qué seria si fuese dictador en Roma?*» Sin embargo, aceptó el tratado con aquella cláusula, y envió á Sertorio los tres mil talentos y las cuarenta galeras, que él fué á recibir á Denia, ganando á Valencia de paso (74).

Pero estos eran los últimos resplandores de la gloria de Sertorio. Aquel Metelo que por pequeñas ó imaginadas victorias se habia hecho incensar como una divinidad, determinó deshacerse por la traicion de un enemigo á quien no obstante todas sus ilusiones no podia vencer. Pregonó entonces su cabeza, y púsola á precio, ofreciendo por su vida mil talentos de

plata y veinte mil arpentas de tierra. Y como esto coincidiese con haber recibido Pompeyo refuerzos que el senado le enviaba en virtud de su enérgica reclamación, y con haberse empezado á notar deserción en las filas sertorianas de parte de los soldados romanos, que estaban viendo el instante en que se quedaban sin su gefe, mil negros presentimientos comenzaron á ennublecen y turbar la imaginación ya harto melancólica y sombría de Sertorio. Recelando de la lealtad de los romanos, su mismo recelo le hacia tratarlos con aspereza y severidad. Habiendo confiado la guarda de su persona esclusivamente á españoles, esta preferencia escitó en aquellos el resentimiento y la envidia, y poco á poco le iban abandonando. Entonces pudo conocer de parte de quién estaba la lealtad, y cuán injusta había sido la predilección con que antes había mirado á los romanos sobre los indígenas, pero era ya tarde.

Mortificado además con la perpétua ansiedad que le agitaba, obróse en su carácter un cambio completo. El negro humor que le dominaba hizole áspero, duro, caprichoso y cruel. Por simples y ligeras sospechas, castigaba con inexorable rigor las ciudades que le estaban sometidas. Aprovechándose de esta disposición sus tropas, vejaban los pueblos con todo género de violencias y estorsiones, pregonando que lo hacían de órden de su gefe. Y como el edicto de Metelo le hiziese ver en cada uno de los que le rodeaban un cons-

pirador y un aspirante al premio de su muerte, á tal punto se extravió su razón, que hizo perecer en el suplicio una parte de los jóvenes nobles que se educaban en Huesca, vendiendo á otros como esclavos. Tan cruel desahogo de su exaltada bilis acabó de exacerbar los ánimos con gran satisfacción de los que trabajaban por hacerle odioso, y muchas ciudades se entregaron á Metelo y Pompeyo, que con tal motivo caminaban boyantes y victoriosos.

No eran, sin embargo, infundadas las zozobras del inquieto y desatentado general. La conjuración existía. El viejo Perpenna, que desde el principio se había resignado mal á ocupar un segundo puesto en el ejército, era el alma de la conspiración, en la cual había hecho entrar á muchos oficiales. «Para honor de España, dice un escritor extranjero, hay que confesar que ninguno de los conjurados era español; todos eran romanos.» El cobarde Perpenna discurrió ejecutar su abominable proyecto en un festín, pero era difícil hacer concurrir á él al melancólico y mal humorado Sertorio. Para conseguirlo fingió una carta en que uno de sus lugartenientes le noticiaba una victoria alcanzada sobre los enemigos, y dijole que para celebrarla se había dispuesto un banquete. Asistió, pues, Sertorio. Los convidados se entregaron de propósito á una inmoderada alegría. En medio de ella dejó caer Perpenna una copa de vino; era la señal convenida: el que se sentaba al lado de Sertorio, le atravesó con

su espada: quiso el desgraciado incorporarse, pero sujetándole el asesino al respaldo del sillón, cosieronle á puñaladas los demás conjurados. Desastroso y no merecido fin del hombre á quien los españoles llamaban el Anibal romano; y que por espacio de ocho años habia estado haciendo dudar si España seria romana, ó si Roma seria española (73).

Segun Vellejo Patérculo, esta trágica y horrorosa escena se verificó en *Etosca*, hoy Aytona, á algunas millas de Lérida.

Si en los traidores pudiera tener cabida el pundonor, debió Perpenna haber muerto de remordimiento y de bochorno, cuando abierto que fué el testamento de Sertorio se vió que le tenia nombrado heredero y sucesor suyo. Tan horrible pareció á todos entonces la perfidia, que faltó poco para que fuese despedazado. Reservábale no obstante Pompeyo el castigo que merecia su detestable hazaña. Apenas se posesionó de su ambicionado puesto de general en gefe de las tropas, le atacó Pompeyo y le derrotó completamente. El cobarde Perpenna se había escondido entre unos matorrales: de alli le sacaron unos soldados: el traidor quiso evitar la muerte presentando á Pompeyo las cartas cogidas á Sertorio, en las cuales se cree resultaban comprometidos muchos personajes de Roma. Pompeyo con loable generosidad las hizo quemar sin leerlas, y mandó dar muerte al execrable traidor con algunos de sus cómplices. Uno de ellos, Aufidio, fué á Africa

á arrastrar una vida infame y mísera, mil veces mas desastrosa que la muerte.

En cuanto á los españoles, aquella guardia sertoriana de *devotos* que habian jurado no sobrevivir á su amado gefe, cumplieronlo con su fidelidad acostumbrada, haciendo el sacrificio sublime, sin ejemplo en los anales de otros pueblos, de quitarse la vida unos á otros. Imposible es llevar á mas alto punto la *devotion* y la fidelidad, el respeto á los juramentos, el desprecio de la vida, y la austeridad y rigidez de costumbres. Tales eran los españoles de aquella edad. Asi se ve confirmado lo que de ellos dijimos en el capítulo primero de esta obra (1).

Fuéronse rindiendo á Pompeyo unas tras otras las ciudades de España, algunas no sin resistencia. Terrible fué todavía la de Calahorra. La pluma se resiste

(1) Citase, aunque dudan todavía algunos de su autenticidad, el siguiente epitafio que aquellos héroicos españoles dejaron escrito.

HIC MULTE QUÆ SE MANIBUS
Q. SERTORII TURMÆ, ET TERRÆ
MORALIUM OMNIUM PARENTI
DEVOVERE, DUM, EO SUBLATO,
SUPERESSE TÆDERET, ET FORTITER
PUGNANDO INVICEM CECIDERE,
MORTE AD PRÆSENS OPTATA JACENT,
VALETE, POSTERI.

«En este sitio numerosas cohortes se sacrificaron á los manes de Q. Sertorio, y á la Tierra, madre de todos los hombres. Privados desu gefe, la vida se les hacia una carga pesada, y combatiendo unos con otros supieron darse la muerte, objeto de sus votos. Reciba la posteridad nuestro último adios.»

á dibujar el cuadro espantoso que ofreció esta ciudad en su obstinada defensa. El hambre que se padeció fué tal, que segun Valerio Máximo se salaban los cadáveres para que pudiesen alimentar á los que aun sostenian el peso de las armas..... (4). Apartemos la vista de las repugnantes escenas de aquella heróica barbarie. Pompeyo destruyó la ciudad, y degolló con crueldad menos heróica, pero no menos bárbara, el resto de sus infortunados habitantes. Con la destruccion de Calahorra, acabó de sometérsele la España.

Pompeyo y Metelo fueron á Roma á compartir los honores del triunfo. Así acabó la famosa guerra de Sertorio.

(4) Val. Max. lib. VII. cap. 6.

CAPITULO V.

JULIO CESAR EN ESPAÑA.

Desde 73 antes de J. C. hasta 48.

Primera venida de César á España.—Vuelve en calidad de pretor.—Carácter ambicioso de César.—Su crueldad con los habitantes del monte Herminio.—Va á la Coruña y á Cádiz.—Ley para corregir la usura en España.—Enormes riquezas que saca de la Península.—Vuelve á Roma y compra con ellas la dignidad consular.—Primer triumvirato romano.—Triunfos de César en las Galias.—Pasa el Rubicon, y va á Roma contra Pompeyo.—Se hace dictador.—Viene tercera vez á España.—Asombrosa campaña en que vence á Petreyo y Afranio.—Somete tambien á Varron en la Bética.—Hace á todos los moradores de Cádiz ciudadanos romanos.—Vuelve á Roma, y se hace otra vez dictador.—Gobernadores de España.

Sosegada España despues de la guerra de Sertorio, aunque no tranquilos los ánimos, sino reprimidos hombres y pueblos bajo la férrea autoridad de los pretores, ningun acontecimiento notable que la historia haya transmitido ocurrió por algunos años sino la venida de Julio César (69), que hubiera pasado tambien desapercibida, puesto que era entonces un simple cuestor militar, si este personage no hubiera estado destinado á desempeñar tan gran papel en Es-